

resto del mundo mucho antes de que vinieran los españoles, sobre todo con China con la que se tenía comercio desde hacía muchos siglos, y que fue por donde vino el apóstol a estas tierras.

Remesal en su Historia de Chiapas refiere que el Obispo de Campeche envió a un clérigo de nombre Francisco Hernández, perito en lenguas indígenas, para que visitara las tribus del interior y le informara al respecto. Hernández le escribió diciéndoles que habiéndoles preguntado a los indios por su creencia religiosa le respondieron que creían en la santísima Trinidad a cuyas tres personas daban los verdaderos nombres en su lengua, con perfecto conocimiento del resto de la religión de Jesucristo, en cuya memoria ayunaban el viernes día de su muerte y veneraban a su madre virgen; que aquella doctrina venía de padres a hijos desde tiempos muy antiguos; que además se confesaban y ayunaban. Quienes hayan leído las crónicas de la conquista de Brasil del padre Manuel de Nóbrega verán que allí conservaron hasta el nombre de Santo Tomé que les había ido a predicar. En una palabra, que un hombre venerable, blanco, de pelo y barba larga, predicó en toda América una ley santa, el ayuno de 40 días, y levantó cruces que los indios adoraban y les anunció que vendrían del oriente hombres de su misma religión a enseñarlos y dominarlos, es un hecho constante en todas las historias que han escrito los españoles, no menos que en los jeroglíficos mexicanos y quipos peruanos. El Viracocha barbado del Perú, no es más que la repetición de la misma historia.

El padre Antonio Calancha, criollo de la ciudad de la Plata, ocupa todo su libro No. 2 del primer tomo, que es el que yo vi, en probar la predicación evangélica en todas las Indias por Santo Tomás, único de los apóstoles que se remontó a las naciones bárbaras y desconocidas. En efecto, todos los historiadores evangelistas lo ubican como apóstol de la región de los Partos, y en esta palabra los antiguos comprendían hasta los países chinos e hindúes.

Que Quetzalcóatl fuese Santo Tomás, lo sostuvo el célebre matemático, historiador y cosmógrafo mayor de las Indias, don Carlos de Sigüenza y Góngora en su obra intitulada «Fénix del Occidente, el Apóstol Santo Tomás». Igualmente a mediados del siglo XVIII el Jesuita Mexicano Manuel Duarte escribió en Manila la «Historia del Verdadero Quetzalcóatl, el Apóstol Santo Tomé.»

Boturini en su "Idea de una Nueva Historia General de las Indias", prometió probar esto mismo, con los muchos documentos que había recogido en su museo; debido a su muerte y encargo, ese trabajo lo hizo bastante bien el caballero Veytia.

El célebre doctor Traggia, cronista Real de Aragón, conocidísimo por sus obras, anticuario y bibliotecario de la Academia de la Historia y uno de los censores que intervino para resolver el expediente relativo a mi polémico sermón de 1794, analizando los argumentos de mi defensa en ese juicio que le llevó siete meses continuos de trabajo, declaró resueltamente en plena academia lo siguiente: «Confesemos de buena fe que no sabemos una palabra de antigüedades americanas. El doctor Mier me ha enviado algunos libros con una disertación digna de ser presentada en esta academia y de darle el lugar que merece su autor; y

aseguro a ustedes, que si para sostener la predicación del apóstol Santiago en España, tuviésemos la décima parte de las pruebas que tienen los americanos para defender la de Santo Tomás en América, cantaríamos el triunfo».

¿Que cómo llegó el apóstol Tomás a América? Se sabe que entre América y Asia sólo media un corto estrecho, helado la mayor parte del año y que era muy fácil pasar por él, como lo han hecho los rusos. En mi juventud leí un libro escrito en Cantón, China, donde un inglés, cuyo nombre no puedo acordarme, demostraba que en los primeros seis siglos de la iglesia hubo un comercio corriente entre ese país y lo que ahora es América y más o menos por ese tiempo Torquemada afirma que apareció Quetzalcóatl en tierras mexicanas. Según lo anterior -se me dirá- no puede ser el apóstol que anduvo con Cristo en los inicios de esta era; a esto yo puedo responder que todo depende de establecer dos cosas: primera; que el apóstol Santo Tomás anduvo predicando en China, y segunda; la fecha exacta en que Quetzalcóatl apareció en lo que hoy es mesoamérica. Ahora bien, si un hombre tan profundamente sabio en antigüedades mexicanas como Sigüenza, aseveró que era Santo Tomás, seguramente tuvo a la mano toda la información para ello. De lo que no me cabe la menor duda es que hubo evangelización prehispánica en América y que el predicador se llamaba Tomás. Estudios posteriores me hicieron considerar también la posibilidad de que nuestro apóstol Tomás fuera el que anduvo en una ciudad llamada Melyapor; que de allí pasó a China y después a este continente trayendo con él, algunos discípulos chinos. Los grandes edificios de Mictlán, Yucatán y Palenque son muy parecidos a los chinos; así como muchas palabras con la terminación «tzin», el nombre de Chilam-Cámbal de los mayas y algunos signos del calendario azteca.

Yo lo dije en varias disertaciones y lo grité en muchos discursos, que la predicación evangélica de santo Tomás y sus profecías sobre la venida de gentes de su misma religión por el Oriente, que todo lo dominarían, son las verdadera clave de la conquista en ambas Américas, y mientras no se asiente esta base, todo lo que se diga y escriba sobre ello, no serán más que absurdos y tonterías.

Por supuesto que los europeos y los «gachupines» nunca lo iban a admitir de buena gana; porque aceptarlo era reducir en gran parte la gloria de sus hazañas en América, pues ¿Quién puede negar que esa profecía facilitó inmensamente la conquista? Por otra parte, aceptar la evangelización anterior a ellos, era despojar a la colonización de su principal contenido y reducirla a una operación militar cualquiera. De ahí que se propusieran rechazar las identidades de la religión indígena con la cristiana; de ahí que se empeñaran en recalcar el tenebroso pasado precolombino; la leyenda negra y los ritos demoniacos; se obstinaron en no ver sino al diablo en todo lo que adoraban los indios, aún en las cruces; ¡Vaya, todo lo endiablaron sin escrúpulo! Así, incapaces de reconocer en América la palabra del apóstol, utilizaron al diablo como recurso para negarla. El diablo y los profetas idólatras fueron el recurso continuo de todos los escritores españoles para eludir los testimonios que a cada paso encontraron de la predicación evangélica, y cuando alguno, como es el caso del padre Sahagún escribió la verdad, sus escritos fueron mutilados y sustituidos por orden de Felipe II en todo aquello que no conviniera al rey, a España,

a la Iglesia, o a los españoles. Fue tanto el empeño de "endiablar" todo, que en una ocasión que un misionero fue hondamente conmovido a contarle a Zumárraga haber descubierto que desde mucho tiempo atrás los indígenas adoraban a un dios llamado «teohuitznahuac» que significa «el señor de la corona de espinas, el cual en su cabeza ostentaba una muy parecida a la de Cristo, y que se decía que ese dios había nacido de mujer virgen, sin intervención de varón. Zumárraga -el gran destructor de ídolos- fingiendo contrariedad contestó: ¡Qué barbaridad, eso quiere decir que el diablo nunca descansa!

Por eso, mi pobre, triste y calumniado sermón de 1794 en el que intenté establecer identidades entre la diosa indígena Tonantzin y la Virgen de Guadalupe, y entre Quetzalcóatl y Santo Tomás, fue anatematizado por las autoridades religiosas y civiles, bajo el cargo de que era el resultado de una coalición de los criollos para igualar a los indios con los españoles, pues si éstos tenían a la Virgen del Pilar dada por el apóstol Santiago, aquéllos tenían su virgencita de Guadalupe que les dio el apóstol Tomás; también me atribuyeron que mi sermón tuvo el propósito de quitarles la gloria de haber traído el evangelio, desmentir la bula de la donación de las Indias, y minar en sus cimientos los derechos del rey sobre ellas. ¡Que les parece!

Ya para terminar esta abigarrada intervención mía, que espero haya satisfecho los requerimientos del doctor José María Luis Mora, sólo deseo agregar, en relación con algunas aseveraciones que él hizo, lo siguiente: Es cierto que la evangelización después de la conquista no fue fácil, ni incruenta; los indios de México habían desarrollado una cultura que trascendía hasta el espiritualismo; su paciente contemplación de los astros les dio la sabia comprensión de lo cíclico y con ella aprendieron a regular el tiempo; el misterio del arcano les dio su misticismo; su impotencia ante los designios atávicos, les dio su fatalismo, y su desvalidez ante el destino les dio una visión apocalíptica de la vida. Mucho de esto eran reminiscencias de la antigua evangelización cristiana, pero el transcurso del tiempo, la discontinuidad, la inmigración de nuevas y poderosas tribus en el viejo escenario, la exaltación de nuevos sacerdotes indígenas con distintos cultos, fueron deformando las enseñanzas de aquel apóstol blanco y barbado, de sandalias raras y túnica blanca llena de cruces coloradas. Sí; se fue degenerando la doctrina de Cristo, y sólo subsistieron algunas evocaciones que se conservaron esencialmente, como la idea de Eva y Adán, la visión del Diluvio, que ellos llamaban Atonatiuh, la cruz como símbolo de devoción, el bautismo, la permanente lucha del bien y el mal y muchas más que los primeros misioneros con no poca sorpresa encontraron. Esa deformación de las creencias, que llegaron hasta los sacrificios humanos y la antropofagia, no es privativa sólo de los indios de estas tierras; así como la grosera idolatría de los egipcios, de los griegos y los romanos provino de la ruda o equivocada interpretación de su antigua escritura jeroglífica, así pudo provenir en los indios de la mala interpretación de la suya, en la que tenían escritas las divinas escrituras. ¿Qué absurdos y fábulas increíbles no han deducido algunos pueblos de las escrituras y tradiciones? ¿Qué despropósitos, horrores y excesos no derivaron de ellas y de la doctrina apostólica los gnósticos, nicolaítas, cerintianos, ebionitas, maniqueos y otros herejes antiguos? ¿De dónde han venido las guerras religiosas, las matanzas de América, los quemaderos de la Inquisición y otras tantas atrocidades, sino de la mala

interpretación del antiguo testamento, o la mala aplicación de sus máximas, al nuevo. ¿Qué acaso el mahometanismo no es una rama extraviada del cristianismo, como lo fue la escisión luterana? ¿Qué no son materialmente idólatras las gentes menudas del catolicismo cuando le tienen más devoción a unas imágenes que a otras, como si Dios pudiese prendarse más de las oraciones que se le dirigen ante una pintura, que ante otra? ¡Éstas también son deformaciones!

También es cierto doctor Mora, que el primer y más trascendente sincretismo fue el culto guadalupano; desde tiempos inmemoriales miles de peregrinos acudían a venerar a su diosa Tonantzin en el cerro del Tepeyac, la revelación de la aparición de la Virgen de Guadalupe en ese mismo lugar, con características indígenas, generó de inmediato el sincretismo Tonantzin-Guadalupe, que en el alma de los indios subsiste hasta la fecha. Esta sustitución, efectivamente, fue la puerta que permitió el acceso a la evangelización española; pero, paradójicamente, este sincretismo se revirtió en contra de España, pues la Virgen de Guadalupe, fue el apasionado estandarte que tuvo la capacidad de convocar a indios, mestizos y criollos, aquél sagrado día en que se inició la lucha por la independencia de México, al grito de Miguel Hidalgo.

No quiero concluir sin hacer un respetuoso pero severo reclamo al padre Francisco Javier Clavijero por la tibieza o indolencia que mostró en su Historia Antigua de México en relación con la evangelización de los indios de América antes de la llegada de los españoles; fue el único historiador mexicano que no la defendió, no obstante la apasionada y talentosa defensa que sobre otros importantes aspectos hizo de nuestros indígenas; y no puede excusarse argumentando que no estaba convencido de ello, porque en la edición que de su Historia hizo en idioma italiano enfatizaba la existencia de la evangelización precolombina y daba magníficos fundamentos de convencimiento; pero, inexplicablemente, en la edición en español entresacó esas páginas y casi de pasada solamente dice que había una diosa que los indios adoraban en el Tepeyac a quien llamaban Tonantzin, que parecía ser la misma diosa llamada Centeotl; y no dice más. Me confundo mucho al tratar de encontrar la razón de ¿por qué en italiano usted dijo una verdad que en español calló? Lo cual no se aviene con el reclamo que usted hace a sus «mayores» en la dedicatoria de su interesante y admirada obra. Hago este extrañamiento porque creo que ese es el espíritu de esta reunión. Además; el hecho de que el padre Clavijero esté aquí presente, me releva de cualquier cargo de conciencia.

MODERADOR

Tiene usted el uso de la palabra padre Clavijero, toda vez que ha sido aludido.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

Ante el reclamo de fray Servando, sólo puedo decir, reverentemente, ¡MEA CULPA!

MODERADOR

Ya hemos escuchado en voz de varios oradores las atrocidades que se cometieron con motivo de la conquista y colonización de América y particularmente de México, así como los infructuosos propósitos protectores de los misioneros y de las Leyes de Indias, en seguida convendría debatir sobre las consecuencias de esos procesos en el alma y en la mente de los indígenas, porque 300 años de opresión y servidumbre seguramente dejaron alguna huella. Se concede la palabra a quien quiera hablar sobre este asunto.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

¡Vaya que sí dejaron huella! Después de que el siniestro huracán de la conquista había pasado por las tierras de Anáhuac, con su horrible saldo de sangre, muerte y destrucción; derrumbados los altares y los adoratorios; rotos sus ídolos de antaño; derribados los grandes teocallis; las majestuosas pirámides convertidas en ruinas; yaciendo por el suelo las memorias de historias orgullosas; asesinados cruelmente los tlatoanis y los sabios sacerdotes; destruidos los códices que contenían su cultura sabeista y profunda, concebida y acumulada durante siglos en el prodigio de su aislamiento de otros mundos, los indios sintieron que su vida había perdido su enlace cósmico; que la tierra, cuerda umbilical que los ataba al universo, ya no era suya; que sus más sólidas verdades habían sido falseadas por la prueba pragmática de los hechos; y que vivían vegetativamente en un mundo sin sentido; entonces, se abandonaron en un sombrío letargo de voluntaria indolencia; su pretendida pereza, en realidad, era desinterés, y su indiferencia ante la muerte; fatalismo. Esa actitud provocó que pronto fueran segregados espiritual y socialmente. Las leyes de Indias, como hemos visto, filantrópicas y justas en la teoría, dieron malos resultados en la práctica. Se aisló al indio para protegerlo; se le trató como menor de edad; se le mantuvo alejado de la vida nacional. Siempre permaneció, de hecho, en servidumbre, sin esperanza de emancipación. Su degradación fue la consecuencia natural de esta segregación en todos los órdenes. Aparte de todo esto, la explotación inicua de que era objeto, en las inhumanas jornadas y condiciones de trabajo; en las excesivas exacciones y alcabalas; en las altas obvenciones parroquiales; en su indefensión ante las epidemias europeas. "¡Tan triste era nuestra situación -decía un anciano indígena- que sólo nos alegrábamos al ver morir, y llorábamos al ver nacer!" De ahí que durante grandes épocas los indios y las indias resolvieron no traer al mundo más esclavos. Pauw y Buffon en una completa ignorancia de las razones, dijeron que las indias e indios mexicanos eran excesivamente frígidos y reacios al placer sexual ¡Qué estupidez!

Por otra parte, la supuesta inferioridad de los indígenas se debió, obviamente, a factores históricos y sociales; los españoles se encargaron de mantener al pueblo indio en la miseria y la ignorancia; la servidumbre de tantos siglos los fue hundiendo en la degradación y el envilecimiento. Rousseau decía que «un régimen esclavista produce esclavos». Por otro lado, el régimen social de la Colonia fue también responsable de la decadencia moral del indio. Como ya lo hacía saber el padre

Sahagún cuando decía que la destrucción de las rígidas leyes contra la embriaguez que tenían ellos antes de la conquista, habían incitado a los indios al vicio de tal manera que la «mitad de la nación no acababa el día en su juicio». Esta fue, en mi concepto, la triste huella que dejó en el alma de los indios la tragedia de la Colonia. Sin embargo, no creo que eso sea irremediable, dentro de cada indígena mexicano existe un espíritu de ancestral grandeza que puede renacer y exigir el lugar que le corresponde históricamente en la comunidad nacional.

JOSÉ MARÍA LUIS MORA

Yo también pienso como el padre Clavijero que la conquista y la colonización incidieron profundamente en la actitud y decadencia moral de los indios mexicanos. En mayor grado la colonización que la conquista, porque finalmente ésta fue un hecho de armas, que aunque desigual, para un pueblo guerrero como el azteca había la percepción del triunfo o la derrota, y en todo caso lo más enjuiciable serían las despiadadas matanzas de indios indefensos en Cholula y en el Templo Mayor, así como los injustos sacrificios de Moctezuma, de Cuauhtémoc y de los nobles que lo acompañaban; lo que sí modificó definitivamente el espíritu de los indios fueron los tres siglos de un inicuo coloniaje que los redujo a la más triste servidumbre y a la marginación más degradante que pueda sufrir un ser humano. Eso provocó que fueran acumulando tanto odio y resentimiento, que un día habrían de explotar, como todos sabemos. Su excesivo sufrimiento los obligó a refugiarse introspectivamente en su tristeza, y en vez de hablar hacia afuera -lo cual era peligroso- se acostumbraron a hablar consigo mismo, como si hablaran con sus abuelos indios que llevaban dentro; se introvirtieron y adquirieron un aspecto grave, melancólico y silencioso; esta gravedad era más notable en los niños entre los cuatro y cinco años de edad. A pesar de esta seriedad, sus modales siempre han sido suaves y complacientes; acostumbrados a disimular y a hacer un misterio de sus acciones a causa de la larga opresión en que han vivido, su semblante es siempre uniforme y jamás demuestran en su fisonomía las pasiones que los agitan por violentas que sean. Tenazmente adictos a sus opiniones, usos, tradiciones y costumbres, jamás se consigue hacerlos variar, y ésta inflexible terquedad, ha sido un obstáculo insuperable para su progreso, según algunos; para otros es una prueba de lealtad hacia su raza y de defensa de unas cuantas verdades que conservan como suyas. Su constancia y resignación a los severos trabajos que se les imponían, puede calificarse como heroica; nunca se les vio hacer un movimiento de impaciencia no obstante la adversidad de su suerte. Esta resignación; lo grave de sus penas; lo prolongado de sus sufrimientos y la humildad de su carácter, expresada del modo más tierno, inspiró en muchos criollos sentimientos de afecto y compasión; al grado, que de éstos surgieron los principales caudillos que los convocarían después a romper las cadenas de la esclavitud.

Sobre este particular yo expresé en mi obra «México y sus Revoluciones», que los primeros indigenistas que vinieron a lo que hoy llamamos Mesoamérica, como Las Casas, Motolinía, Gante, Quiroga y otros más, en un exceso de celo por defender a los indios, se convirtieron con el tiempo en sus involuntarios enemigos, pues lograron

leyes y ordenanzas que efectivamente tenían propósitos proteccionistas, pero que presuponían una incapacidad en los indígenas similar a los débiles mentales o a los menores de edad, lo cual los segregaba de participar en la sociedad en un plano de igualdad; marginación, que a la postre, incidió mucho en su rezago social. Antes de que fray Bartolomé, en todo su derecho, me haga una reclamación al respecto, quiero expresar, que al transcurso del tiempo sigo pensando lo mismo, sólo que ahora, que he escuchado de su propia voz las condiciones en que se dio aquella lucha en defensa de los indios, cuando las verdades y los principios que ahora nos parecen tan obvios, no sólo eran discutibles, sino rotundamente inadmisibles, como es el caso de los derechos individuales del ser humano; ahora que comprendo mejor que la controversia para combatir las ideas esclavistas sustentadas en la teoría aristotélica de la servidumbre natural y esgrimidas por Ginés de Sepúlveda, se abatía en los niveles elementales de resolver si los indios eran seres humanos; si tenían alma, o si eran simples bestias salvajes a las que estaba justificado hacer la guerra o matar impunemente, lo mejor era hacer una semblanza de los indígenas -como la hizo fray Bartolomé- de ser la gente «más dócil, pacífica y tierna» desprovista de cualquier grado de ferocidad que pudiera darle la razón no sólo a Sepúlveda, sino también a los crueles opresores que deseaban un pretexto para justificar sus horribles carnicerías, saqueos y atrocidades. Ahora -repito- considero sabia, oportuna y conveniente la defensa de Las Casas porque no había alternativas. Le reitero mis respetos y mi admiración a fray Bartolomé con la esperanza de que su inagotable comprensión me favorezca, y disculpe en mí un error que con frecuencia cometemos los que escribimos historia: «ver los árboles y no mirar el bosque».

También deseo curarme en salud antes de que se venga sobre mí una avalancha de reclamaciones derivado de un «cuchicheo» que escuché entre los presentes en relación con una expresión que tuve en mi obra antes citada, en el sentido de que la Historia de México se iniciaba propiamente con la conquista y con Hernán Cortés; y que para atrás, poco o nada había que considerar de relevancia. Esta afirmación que ante los ojos de los eminentes escritores de nuestra historia antigua debe parecer una ligereza; efectivamente eso fue, pero no una ligereza histórica tendiente a menospreciar nuestra grandeza prehispánica, sino de contexto; la explicación es esta: El título de mi libro es «México y sus Revoluciones»; entonces consideré que nuestras luchas como Nación se iniciaban a partir de la conquista; antes de eso, nada había que referir que no se apartara del tema sugerido por el título de mi obra. Quiero señalar como prueba de mi orgullo por nuestro pasado indígena que para comprenderlo mejor aprendí el idioma náhuatl, y durante mi estancia en Francia, teniendo a la mano un manuscrito tolteca, a pesar del dolor que me causó que un documento tan valioso de nuestra historia estuviera en una patria extranjera, acepté traducirlo del náhuatl y me ufané de dejar bien claro en esa traducción que los toltecas introdujeron el cultivo del maíz y del algodón, construyeron caminos, ciudades y enormes pirámides, cuyos frentes, perfectamente ajustados a los puntos cardinales, revelaban sus avanzados conocimientos geométricos y astronómicos; que hacían uso de la escritura jeroglífica, sabían fundir algunos metales, cortar las piedras más duras y tenían un año solar más perfecto que el de los griegos y los

romanos, pues las observaciones astronómicas que sirvieron para arreglarlo eran más exactas; la distribución de los meses más regular y la intercalación para ajustar el curso del año con las estaciones, hecha con más tino y conocimiento.

Pero también debo confesar con toda entereza, que igualmente he dejado plasmada en mi «Historia» la idea de que después de tres siglos de coloniajes, el indio perdió aquella imaginación que en otro tiempo le permitió crear una maravillosa mitología, plena de belleza y fantasía; perdió, también, aquella abundancia y vivacidad de imágenes que poblaba con increíbles ornatos y coloridos sus producciones; perdió el sentido de su anterior grandeza y se derrumbó hacia una vida decadente y vegetativa llena de vicios e indolencia. De ahí que haya yo expresado que a esos envilecidos restos de la antigua población de Anáhuac, aunque nos despierten compasión, no podríamos considerarlos como la base de una sociedad mexicana progresista, y que la reivindicación e integración del indio se lograría gradualmente con la fusión natural de las razas y mediante programas de colonización y educación. ¡He terminado, Gracias!

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

Antes que nada, quiero confesar que el «cuchicheo» que escuchaba hace un rato el doctor Mora, era el mío; en voz baja le comentaba a Lorenzo de Zavala algunas de mis dudas en torno a las aclaraciones -no pedidas- que nos estaba usted dando; más con el fin de que el «cuchicheo» no parezca insidia, voy a decirle «a voz en pecho» lo que yo estaba diciendo en voz baja: Qué bueno que el doctor Mora nos dio esas explicaciones tratando de aclarar algunos puntos que pudieron haberse quedado en el «aire»; debo confesar que aunque no me quedan completamente claros algunos de ellos, lo importante es que en gran parte de lo que dijo coincido esencialmente con él. Sin embargo, quiero hacer mención a algo que no dijo aquí, pero que lo expresa en su libro ya mencionado; me refiero a las exageradas alabanzas que le hace a Hernán Cortés elevándolo a planos sobrehumanos que rayan en un semi-dios. Yo creo que el doctor Mora concretó su información acerca de los avatares de la Conquista en lo que se refiere Francisco López de Gomara en su Historia de la Nueva España; más, es bien sabido que Gomara escribió esa obra en Zaragoza, España, en 1554 valiéndose tan sólo de lo que le contaron los conquistadores, particularmente Cortés, de quien fue su capellán y amanuense; entonces, poco valor tienen las melosas loas que ese historiador le canta a don Hernando. Para mí -ya lo he dicho varias veces- no es más que un capitán cargado de ambición y de crueldad. Pero, en fin, yo soy muy respetuoso de la opinión ajena; está en mí serlo. Cada quien es libre de quemar incienso al santo de su devoción. Pero en lo que definitivamente antagonizo con el doctor Mora es en su atrevida aseveración de que «Hernán Cortés es el padre fundador de la nación mexicana». Yo creo que en esto el exaltado criollismo de Mora, no sólo le ofuscó el sentido de la ecuanimidad, sino hasta el de la sensatez. La vida de Cortés es una estela continua de falsedades, crueldad, engaños, traiciones y codicia. Cuando iniciaba su carrera militar en Cuba traicionó a su jefe, protector y compadre Diego Velázquez, Gobernador de aquella isla, cuando éste le ordenó suspender la expedición a las

costas mexicanas; después de eso, sabedor de que no podía volver a Cuba, desobedeció las órdenes de su superior y en vez de tratar de localizar a Juan de Grijalva, que era el objetivo de su misión desembarcó en lo que después serían las playas de Veracruz, y sin permiso, ni autoridad ninguna, instaló un Ayuntamiento en ese lugar a nombre de la corona española autonombrándose Capitán General y Justicia Mayor; fue hipócrita y simulador ante los primeros heraldos de Moctezuma al dejarlos creer que él era Quetzalcóatl que volvía según la vieja profecía; fue falso ante el rey Carlos V al contarle mil patrañas en sus famosas Cartas de Relación; les mintió a los nobles de Tlaxcala, sobre su origen divino; le mintió al emperador Moctezuma demostrándole amistad, y después, como mal pago a su hospitalidad, lo puso preso en su propio palacio humillándolo ante los suyos; le ocultó al rey de España las matanzas que hizo él en Cholula y Pedro de Alvarado en el Templo Mayor; violó a una hija de Moctezuma a quien después llamaron «Ana» y a una sobrina de nombre Elvira; asesinó a Moctezuma pretextando una coalición con Pánfilo de Narváez y luego le informó al rey que los propios indios lo habían matado de una pedrada; asesinó por estrangulamiento a su esposa Catalina Xuevez Marcyda con quien había casado en Cuba, según datos que arrojó la averiguación que se le instruyó en el Juicio de Residencia que le hizo la Primera Real Audiencia; le dio tormento cruel a Cuauhtémoc buscando un legendario e irreal tesoro azteca y luego lo mandó ahorcar junto con otros nobles y dos frailes que se oponían a semejante crimen; cuando ya no le fueron útiles los servicios de Marina -la Malinche- no obstante haber tenido con ella un hijo a quien le dio el nombre de su padre Martín, burlando sus amores la casó con uno de sus subordinados de nombre Juan Jaramillo y él se fue a España a matrimoniarse con doña Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga con quien después tuvo otro hijo a quien también llamó Martín, dejando al vástago de la Malinche sumido en una oscura bastardía; con motivo de la toma de Tenochtitlan exigió al soberano de España títulos de nobleza y exorbitantes prebendas y mercedes, recibiendo por ello, el título de Marqués del Valle; el territorio de su marquesado comprendía desde Oaxaca hasta la altiplanicie Mexicana, o sea, una superficie mayor a la de España; además, se incluían miles de esclavos indígenas a su servicio. Pero como su ambición y prepotencia no tenían límites, se atrevió a desafiar a la autoridad del rey cuando se instituyó la primera Real Audiencia en México, en 1527, y ese fue a la postre, el motivo principal del eclipse de su azarosa vida. Con estos antecedentes, mi estimado amigo Mora, ¡Vaya destino al que podremos aspirar con semejante padre de la Nación Mexicana! Más, como yo soy muy tolerante de la opinión ajena, respeto su punto de vista, aunque no lo comparto. Es más, para que no se vaya a pensar que soy un obstinado radical y que tengo fobias contra todo lo que se refiera a los españoles, acepto doblegar el «varejón» de mi juicio sólo hasta el nivel de admitir que Cortés fue un guerrero español, osado, valiente, ambicioso y audaz. ¡No más!

MODERADOR

¡Moción de orden! Respetuosamente le recuerdo a fray Servando que el tema que estábamos tratando era el relativo a los efectos de la Conquista y del coloniaje en la actitud de los indios. En virtud de que usted se desvió completamente de esa cuestión

se le requiere para el efecto de que exprese lo que tenga que decir al respecto o ceda el uso de la palabra a quien desee hacerlo.

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

Pido disculpas a todos los presentes por mi torpe disgresión y por mi viejo vicio de decir verdades. Todo se debió a que me sentí aludido con lo de los «cuchicheos». Ahora quiero retomar el tema que se está planteando: La organización política de los tenochcas se sustentaba en la imagen jerárquica del «hombre fuerte»: El tlatoani. Su vocación guerrera lo justificaba y la tradición lo validaba. Desde los antepasados de Acamapichtli hasta Cuauhtémoc los aztecas habían sido siempre conducidos por un caudillo de noble sangre: a eso atribuían la grandeza de su imperio; pues bien, habiendo sido masacrada toda la nobleza tenochca, los indios sintieron un gran desamparo, y conscientes de su impotencia para recuperar lo perdido, optaron por «parar el tiempo» y cambiar el mundo; porque si todo lo que sucede se forma en la mente, los indios resucitaron mentalmente su mundo interior, inventaron otro mundo que tenía mucho que ver con su pasado; trascendieron su cárcel, sus cadenas, su fatiga; crearon una ficción impresionante; un estado de conciencia al margen del dolor y de la angustia; hicieron de la resignación y del sacrificio ofrendas fervorosas a sus antiguos dioses. La derrota afinó su espiritualidad, y fortaleció su nobleza y su moral; veían a sus amos como unos pobres villanos hinchados de crueldad y de codicia, que eran dueños de su cuerpo, pero no de sus almas encantadas; entonces, lejos de ejercer la violencia o la venganza, practicaron la no resistencia al mal, y se encerraron en un silencio que atemorizaba a los españoles ¡No hablaban! ¿Y de qué podrían hablar? Así no los podría entender el conquistador, y al no entenderlos conservaban de alguna manera su libertad interior. Esta manera de escabullirse y mostrar una sumisa humildad, como resistencia pasiva, les sirvió para defender su integridad espiritual; moralmente se sentían superiores a sus amos, aunque éstos aprovecharon su sumisión para explotarlos más. Esta actitud de despojarse de toda importancia es común a los indios, y constituye una de sus grandes sabidurías. Así, maestros de sí mismos, con una genial socarronería y sumidos en una total indiferencia, sobrevivieron. Algunas tribus que rompieron este esquema echaron mano de sus armas y se rebelaron, pero su rebeldía fue ahogada en sangre, dada la superioridad del opresor. Esta actitud del indio mexicano en los tiempos posteriores, plena de indolencia, mutismo, indiferencia, y desconfianza fue, en mi concepto, la consecuencia más impactante de la Conquista y de la Colonia en el alma de nuestros indígenas.

LORENZO DE ZAVALA

Yo también discrepo por completo del doctor Mora en el título que le da a Cortés como fundador de la nacionalidad mexicana; aceptarlo, sería desconocer los influjos atávicos de raza, de cultura, de tradiciones y costumbres que nos vienen de nuestros antepasados indios y que concurren, querrámoslo o no, en nuestra identidad de mexicanos. Por otro lado, al margen de sus proezas y audacias, la vida de Cortés nunca fue ejemplar como para fundar la nacionalidad de un pueblo. En esta parte